



Límite

ISSN: 0718-1361

revlimite@uta.cl

Universidad de Tarapacá

Chile

Barrientos Rastrojo, José
BASES METAFÍSICAS DEL DELIRIO EN EL PENSAMIENTO DE MARÍA ZAMBRANO
Límite, vol. 7, núm. 25, 2012, pp. 41-60
Universidad de Tarapacá
Arica, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83624079004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

BASES METAFÍSICAS DEL DELIRIO EN EL PENSAMIENTO DE MARÍA ZAMBRANO

*METAPHYSICAL GROUNDS OF DELIRIUM
IN MARÍA ZAMBRANO'S THOUGHT*

José Barrientos Rastrojo*

Universidad de Sevilla
Sevilla-España

*Recibido 18 de noviembre 2011/Received November 18, 2011
Aceptado 12 de enero de 2012/Accepted January 12, 2012*

RESUMEN

El delirio ha sido estudiado por la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis como una patología de la mente que puede tratarse clínicamente. Sin embargo, las raíces del delirio arrancan de la filosofía: autores como Spinoza, Schopenhauer o María Zambrano han profundizado sus bases metafísicas. El presente trabajo amplía el campo actual de análisis de esta entidad desde la óptica de la metafísica y explica cómo además de constituir un problema psíquico conforma un revulsivo que ayuda al desarrollo de la identidad.

Palabras Clave: María Zambrano, Sujeto, Psicología, Psicoanálisis, Delirio.

ABSTRACT

Delirium has been studied as a treatable mental illness by psychiatry, psychology and psychoanalysis. However, delirium roots belong to philosophy: authors as Spinoza, Schopenhauer or María Zambrano have gone deep into its metaphysical groundings. This article broadens current delirium field through a metaphysical view. Here, it is explained how delirium is a psychological problem and a salutary lesson for developing personal identity.

Key Words: María Zambrano, Subject, Psychology, Psychoanalysis, Delirium.

* Calle Manuel Alonso Vicedo, 10. Urbanización Simón Verde. C.P. 41927. Mairena del Aljarafe. Sevilla. España. E-mail: barrientos@us.es

1. INTRODUCCIÓN: EL DELIRIO EN EL MARCO DE LA FILOSOFÍA

El delirio se asocia frecuentemente a circunstancias patológicas. Aunque en casos clínicos se identifica con la enfermedad no siempre debe catalogarse en este universo. El delirio, antes que una afección psiquiátrica, constituye un filtro de base metafísica fundado en la incapacidad para dar curso a una esperanza, que transforma la percepción fenoménica y, por ende, la volición del sujeto. Su raíz, como veremos, es filosófica¹, a pesar de que, en las últimas décadas, las disciplinas psicológicas hayan profundizado de forma creciente en su contenido. Olvidar su fuente conduce a conclusiones desproporcionadas como la reducción psicologista del concepto señalada.

Este trabajo profundiza en las raíces metafísico-zambranianas del delirio determinando sus causas filosófico-antropológicas, su performatividad temporal (es decir, la naturaleza inherente del tiempo en el delirante), su capacidad como creador de sentidos y su riesgo como elementos que pueden ocluir una existencia en una repetición infinita. En este recorrido, contrastaremos la visión zambraniana con la psicológica²; de hecho, será la concepción psicológica actual la que introducirá nuestro estudio. En la sección final propondremos el delirio como respuesta finisecular y contestataria a una modernidad racionalista que impuso un modo exclusivo y reductor de acercarse a la realidad.

2. EL ROSTRO PSICOLÓGICO DEL DELIRIO

Para la psicología, el delirio se identifica como un mecanismo de defensa que usa la psique humana cuando no puede enfrentar la tensión impuesta por lo óntico³. Debido a la falta de aceptación de lo real o del sí mismo, el sujeto se crea un universo semántico paralelo, que asevera y vive como auténtico, desplazando la validez del exterior. Tal y como resume Consuelo Aguayo:

¹ Una buena introducción conceptual-histórica al delirio que abarca los últimos dos siglos es la realizada en los primeros cuatro capítulos de *Delirio. Historia. Clínica. Metateoría* (Berrios & Fuentenebro de Diego, 1996).

² Algunos psicólogos de los últimos siglos se han interesado por líneas filosóficas, por la exigüidad de herramientas en su campo para tratar al delirante o a otras, así categorizadas, patologías clínicas. Los casos más citados son Karl Jaspers con su *Psicopatología general* (Jaspers, 1977) y William James con su *Principios de psicología* (James, 1945). En los últimos años se une a este grupo el psicólogo existencialista Irvin Yalom, en que destacan sus novelas *Quando Nietzsche Chorou* (Yalom, 2007b) o *A cura de Schopenhauer* (Yalom, 2007a) como ejemplos del uso de la filosofía para el tratamiento del sufrimiento existencial. Asimismo, el psiquiatra argentino Ricardo Aranovich ha realizado una aplicación del pensamiento de José Ortega y Gasset a su trabajo en consulta (Aranovich, 2000, 2002 y 2009).

³ Carlos Castilla del Pino argüirá que el delirio es un error *necesario*. Su necesidad surge de esta perentoriedad que tiene el sujeto por protegerse frente a una realidad acuciante, peligrosa o que no lo expulsa de su reino. En esta línea, presenta el delirio “como una de las muchas maneras de las que el sujeto se vale en sus relaciones con el entorno para su adaptación (...), es decir, para su equilibrio entre él y los objetos simbólicos que le rodean” (Castilla del Pino, 1998, p. 214).

Lo que caracteriza al delirio es la creencia patológica en hechos irreales o en concepciones imaginarias desprovistas de fundamento. El hombre tiende a la realización de la función de la aprehensión de la realidad, pero al mismo tiempo busca la satisfacción de los deseos y la tranquilización de sus ansiedades. Las ideas delirantes sobrepasan toda lógica y razonamiento de tal forma que no existe una clara delimitación entre ideas falsas, delirios o supersticiones (Aguayo, 2004, p. 40).

O en términos psicológicos:

[Delirio:] Psicosis ligada a una organización psicopatológica de la personalidad y a su relación con la realidad, generalmente duradera, que se manifiesta mediante perturbaciones de la percepción y por la producción de ideas delirantes (Casalis, 1992, p. 200).

La psicopatología pone el acento en la separación entre el sistema de creencias validadas socialmente por un consenso más o menos manifiesto y el complejo cognitivo del paciente. La *Encyclopedia of Psychology* subraya el calado de la fisura: la alucinación delirante no desiste aun cuando se le presentan pruebas manifiestas de su error.

Los delirios tienen la característica esencial de ser distorsiones de la realidad o ideas poco realistas o creencias. Una ilusión puede ser definida como un improbable, a menudo muy personal, idea o creencia, no aprobado por la cultura o subcultura. Esta idea o creencia se lleva a cabo con un alto grado de convicción a pesar de la disponibilidad de las hipótesis más probables o más coherentes y se mantienen a menudo frente a evidencia directa en contra (Jobe & Harrow, 2000, p. 467)⁴.

Si nos centramos en el ámbito de afección, diremos que no se restringe a una disfunción cognitiva sino emocional: no nos enfrentamos a un error de percepción sino a una percepción errónea nacida de un *estado emocional* de displacer (p. 468)⁵.

Aunque, en la actualidad, el emplazamiento colectivo del delirio en la psicología es el de la enfermedad, Freud, artífice de su recuperación en la investigación, niega su esencia patológica. Para el psicoanalista vienés, el delirio es entendido como una:

Tentativa de curación, de reconstrucción del mundo exterior por restitución de la libido a los objetos, privilegiada en la paranoia y hecha posible por el mecanismo de la proyección, que permite que lo abolido adentro le vuelva al sujeto desde afuera (Chemama, 2002, p. 79).

Consiguientemente, según señala Remo Bodei, el delirio es un medio para “aislar el foco de displacer”, el lugar de lo insoportable.

⁴ Delusions have the essential feature of being reality distortions or unrealistic ideas or beliefs. A delusion can be defined as an improbable, often highly personal, idea or belief system, not endorsed by one's culture or subculture. This idea or belief is held with a high degree of conviction despite the availability of more probable or more coherent hypotheses and is often maintained in the face of direct evidence to the contrary (Jobe & Harrow, 2000, p. 467).

⁵ Jobe, Th. & Harrow, M. (2000). Delusions. En A.E. Kazdin (Ed.), *Encyclopedia of Psychology* (p. 468). New York: Oxford University Press.

Cuando fracasa la tarea de conectar en la medida suficiente las distintas épocas de la vida, hay una parte del sujeto que queda desterrada y es incompatible con el resto. Se aísla el foco de displacer al precio de crear temporalmente un *enclave* extranjero en una provincia psíquica donde rigen leyes que han sido suprimidas en otras partes y donde los materiales psíquicos siguen procedimientos que *a posteriori* se consideran arcaicos (Bodei, 2002, p. 21).

En cuanto a su localización ontológica, el psicoanalista tardío Jacques Lacan arroja el delirio al ámbito del lenguaje, emplazamiento de su inconsciente, donde respira esta realidad. El delirio se transforma en “un campo de significación que ha organizado un cierto significante” (S3, p. 121). Por esta razón, todos los fenómenos delirantes “se clarifican con referencia a las funciones y la estructura de la palabra” (S3, 310)” (p. 63)⁶.

Se incardine en el lenguaje o en la mente-cognición freudiana, el delirio no renuncia a su naturaleza irreverente frente a la racionalidad constituida en una sociedad, tal y como testifica su etimología⁷.

Delirar deriva del latín *delirare*, que significa apartarse del surco, delirar, desvariar; derivado a su vez de *lira*, surco, y *de*, partícula separativa. *Delirare* se encuentra por primera vez en Ausonio. Plauto habla de *delirans (tis)* para los que son víctimas del delirio; Cicerón usa *delirus (a, um)* para el delirante por enfermedad o vejez. Es interesante que Celso utilice *delirium (ii)* para denominar tanto el delirio, cuanto el desorden, turbación, destemple de la imaginación por alguna enfermedad, de manera que ya en el antiguo latín no se diferencia *delirare* (delirar) del *delirium* (turbación de la mente por alguna enfermedad, se entiende no mental) (Castilla del Pino, 1998, p. 20)⁸.

Por eso, si el delirio es un escape de la racionalidad y la racionalidad está impuesta por ciertos poderes, se insinúa cómo su naturaleza patológica responde más a una argucia de ciertos estratos superiores que a una auténtica realidad cercana a un infarto de miocardio o un cáncer de pulmón⁹. El alejamiento de la lira, del camino

⁶ Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Barcelona: Paidós.

⁷ Muestra de esta oposición a la razón reinante es el hecho de que el DSM IV-TR, referencia psiquiátrica en la diagnosis y tratamiento de enfermedades mentales, determine los siguientes síntomas a ser explorados en el delirante: “A. Alteración de la conciencia (p. ej., disminución de la capacidad de atención al entorno) con disminución de la capacidad para centrar, mantener o dirigir la atención. B. Cambio en las funciones cognoscitivas (como déficit de memoria, desorientación, alteración del lenguaje) o presencia de una alteración perceptiva que no se explica por la existencia de una demencia previa o en desarrollo. C. La alteración se presenta en un corto período de tiempo (habitualmente en horas o días) y tiende a fluctuar a lo largo del día. D. Demostración a través de la historia, de la exploración física y de las pruebas de laboratorio de que la alteración es un efecto fisiológico directo de una enfermedad médica” [CEPVI (n.f.)]. Véase también *DSMIV-TR: Guía de estudio* (Fauman, 2003).

⁸ *Las lógicas del delirio* de Remo Bodei constatan y amplían tenuemente las aseveraciones de Castilla del Pino: “El delirio toma su nombre de una metáfora campesina, del acto de *de-lirar*, del sobrepasar la *lira* o porción de tierra comprendida entre dos surcos. La idea de salir del sembrado engloba dos connotaciones fundamentales: el exceso y la esterilidad. Como Ulises, que araba la arena para fingirse loco, el delirante se afana inútilmente por cultivar un suelo que no da fruto, volviendo la espalda a los fértiles campos de la razón” (Bodei, 2000, p. 9).

⁹ Ni qué decir tiene que en estas consideraciones entramos en el extenso campo de la filosofía. Con ello, ponemos el acento en la fundamentación del delirio en general. Así pues, no negamos ciertos casos clínicos de delirio grave que aun siendo una contravención de la racionalidad constituida no lesionan tanto a esta como al sujeto mismo en tanto en cuanto es un impedimento para su desarrollo personal. La diferencia entre uno y otro es la

socialmente trazado conduce a consecuencias nada sorprendidas para esta línea de reflexión:

El delirio se presenta tradicionalmente como sinónimo de irracionalidad (falta de fundamento, absurdo, error, caos), en tanto que la razón, su opuesto especular, se define por contraste mediante los atributos de evidencia, capacidad de demostración, orden y verdad (Bodei, 2000, p. 9).

El absurdo delirante guarece una verdad y una lógica que no se corresponde con la que los sectores de poder desean encontrar en los inferiores. De hecho, “las psicoterapias psicoanalíticas de las psicosis han retenido desde hace mucho tiempo la indicación de Freud, según la cual el delirio contiene siempre una verdad cuyo poder terapéutico no debe ser ignorado” (p. 64)¹⁰, esto es, su descubrimiento es el proscenio de la curación.

La genealogía de esa verdad es ajena a una imposición externa, puesto que el agente del delirio es el propio sujeto para protegerse de la resistencia dañina que intuye en el mundo.

Castilla del Pino sentencia que el delirio es una evidencia antes que una creencia (p. 19)¹¹. La diferencia es que se trasciende la arquitectura de la fluctuación de lo cognitivo para alcanzar el de lo vital-anímico (evidencia). De aquí se infiere la dificultad para la cura y la clausura del sujeto ante las perspectivas *de los demás*: la verdad íntima e intransferible se alza sobre las *visiones*, en su doble sentido, de los otros. El sujeto no *crea* en sus delirios sino que *vive desde* ellos.

Respecto al tema terapéutico, Casalis señala el peligro de la cura, riesgo, como vimos, asumible por el psicoanálisis¹². Según el *Gran diccionario de psicología* coordinado por Casalis:

Los enfermos “curados” pueden quejarse de la decepción, el desencanto y el vacío que les produce ese “desierto interior”. La supresión de una función compensatoria, así como los efectos biológicos intrínsecos, parece contribuir a que esto suceda (Casalis, 1992, p. 201)¹³.

siguiente: el delirio clínico a ser tratado impide la proyección personal; el delirio como ruptura con la racionalidad imperante permite la progresión personal aunque con ello se estén violando los cauces generados por la sociedad.

¹⁰ Fedida, P. (1988). *Diccionario de Psicoanálisis*. Madrid: Alianza.

¹¹ Castilla del Pino, C. (1998). *El delirio, un error necesario*. Oviedo: Nobel.

¹² Dentro del psicoanálisis, funciona el paradigma de la verdad antes que el terapéutico. La curación del sujeto no es una conquista de la felicidad o de la funcionalidad sino de la propia verdad. Ni qué decir tiene que este conocimiento, con frecuencia, es el origen de descubrimientos que provocan más dolor que placer. A pesar de ello, su hallazgo será básico para la terapéutica del sujeto, puesto que es la aceptación de la entidad que antes le obturaba.

¹³ Análoga es la constatación de *El delirio, un error necesario*: “con la desaparición del delirio, hacía aparición un cuadro depresivo de notoria y progresiva intensidad, dando paso a ideas de culpa y vergüenza, incluso a ideas de suicidio (...). La depresión cesaba si el fármaco dejaba de administrarse, a costa de que a las pocas semanas se instaurase el delirio con relativa rapidez” (Castilla del Pino, 1998, p. 221). Obviamente, si el delirio es lo que sostiene al sujeto en la realidad, la ausencia de ese basamento conduce a una depresión.

Para acabar: el delirio hace que el sujeto se fije o detenga en torno a ciertos objetos, sujetos o épocas que lo impiden trascenderse; por tanto, constituye un impedimento para la realización identitaria. El orbe que esclaviza y clausura esta potencialidad se denominará “construcción delirante paranoide” y puede tomar diversas formas (p. 63)¹⁴.

Esas formas y el tipo de diálogo que el sujeto mantiene con ellas producirán diversas modalidades delirantes. Los criterios de clasificación y el soporte del delirante abocan a la heterogeneidad, sin embargo, citaremos a modo de ejemplo las derivadas de la taxonomía de Casalis: “delirio de filiación, delirio de grandeza, delirio de imaginación, delirio de influencia, delirio de interpretación, delirio de los sensitivos, delirio de persecución, delirio de posesión, delirio de reivindicación, delirio fantástico, delirio místico y *delirium tremens*” (p. 202)¹⁵.

Debido a su vinculación con el pensamiento zambrano, destacamos el delirio de persecución, conectado en nuestra pensadora con la posición del poeta y con “un mundo poblado de dioses”¹⁶, y la megalomanía o delirio de grandeza, inherente a los desafueros de la modernidad (pp. 153-173)¹⁷. El primero es descrito por la psicología en los siguientes términos¹⁸: “El ‘delirio de persecución’ gira en torno al Otro del Otro, un sujeto oculto que maneja los hilos del gran Otro (el orden simbólico) y controla nuestros pensamientos, conspira contra nosotros, nos vigila” (Evans, 1997, p. 63).

Creencia patológica de un sujeto convencido de ser víctima de ataques y de hostilidad por parte de personas reales o imaginadas (p. 610)¹⁹.

La megalomanía explica su significado si prestamos atención a su etimología megaló (grande) y manía (obsesión). El mundo del enfermo megalómano se identifica con una mentira en que percibe su omnipotencia respecto al resto de sujetos.

3. EL ROSTRO ZAMBRANIANO DEL DELIRIO

3.1. El delirio en la filosofía

Ocioso es repetir que el “delirio” es un término, frecuentemente, asociado a las disciplinas psicológicas; ahora podemos justificarlo desde el epígrafe anterior. Sin embargo, esta asociación no es unívoca ni exclusiva. Castilla del Pino señala que

¹⁴ Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Barcelona: Paidós.

¹⁵ Casalis, D. (1992). *Gran diccionario de psicología*. Madrid: Ediciones del Prado. El DSM añade el delirio inducido por ciertas sustancias (alcohol) o por su ausencia (delirios propios de la abstinencia de ingesta de drogas durante el periodo de deshabitación), delirios causados por enfermedades médicas o aquellos sin causa conocida.

¹⁶ Zambrano, 2002a, pp. 32-38 y 2003, p. 121.

¹⁷ Zambrano, M. (1993). *El hombre y lo divino*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

¹⁸ Para Chemama, 2002, p. 81, el delirio persecutorio se origina en la proyección en otro, que se supone persigue al enfermo, de notas que el paciente no soporta ver en sí mismo. Por ejemplo, ciertos sujetos se quejarían de compañeros las críticas de colegas porque las ven, solapadamente, dirigidas a ellos cuando realmente no hay tal intencionalidad.

¹⁹ Casalis, D. (1992). *Gran diccionario de psicología*. Madrid: Ediciones del Prado.

“hay gradaciones hasta llegar al delirio” (p. 229)²⁰. Esta gama cromática admite tipos delirantes no patológicos. Lo mismo que el delirio es compatible muchas veces con un raciocinio correcto respecto de aquellos temas que no rozan aquel sobre el que delira, también en sujetos normales se observa que hay temas (cada tema remite a algo que importa y nos afecta más o menos) en los que parece abandonarles la lógica (p. 229).

Aceptando esta posición, no debería resultar extraño que el asunto haya estado presente en gran parte de pensadores modernos como Cicerón, Celso, Plauto, Descartes, Spinoza, Hobbes, Kant, Locke, Schopenhauer o Nietzsche (pp. 9-10)²¹. Sus concepciones son precursoras de las ideas que la psicología utiliza como propias. Para muestra un botón, compárese la descripción schopenhaueriana (antesala, también, del freudismo) del delirio con la imagen psicológica vista arriba, a saber, el delirio como mecanismo de defensa ante circunstancias dolorosas e inasumibles por el sujeto:

Schopenhauer señala como causa del delirio el sufrimiento constante e intolerable para el sujeto y la posibilidad de sucumbir a él (...). “Cuando este pensamiento se hace intolerable y el individuo va a sucumbir a él la naturaleza, en su angustia, se hace a la quimera como último medio de salvación; el espíritu atormentado rompe, por decirlo así, los hilos de la memoria, llena las lagunas con ficciones y se sustrae al dolor moral que le hace sucumbir, refugiándose en la quimera” (Castilla del Pino, 1998, p. 263).

El aludido psiquiatra, Castilla del Pino, basa su idea del delirio como error necesario en una concepción espinocista: “Spinoza sienta las bases –poco utilizadas, es verdad, incluso en psicopatología– de la génesis del delirio como error imprescindible para determinados seres humanos” (p. 9)²².

El filósofo judío mantiene el delirio como un modo de supervivencia en una realidad que no se pliega a los propios deseos. Ante la imposibilidad de adaptación entre el sujeto y la realidad circundante, el individuo crea otra paralela que forjará su delirio. La explicación coincide con la de María Zambrano: el delirio y la locura abraza a quienes no pudieron llevar a cabo ciertas esperanzas, el delirio fructifica en los deseos fallidos. Comenzamos a sobrevolar las bases filosófico-zambranianas de nuestra entidad.

3.2. El proscenio del delirio en María Zambrano

Beatriz Caballero, en un interesante trabajo sobre el concepto aquí investigado, dictamina que el tema del delirio zambraniano se vincula con sus circunstancias vividas en la Guerra Civil Española: “tal y como se observa en su libro *Delirio y destino* es a raíz de sus vivencias y reflexiones en torno a la guerra que desarrolla el concepto de

²⁰ Castilla del Pino, C. (1998). *El delirio, un error necesario*. Oviedo: Nobel.

²¹ *Ibidem*, pp. 9-10.

²² Castilla del Pino, 1998, p. 9. La concepción del delirio en Spinoza y su vinculación con el concepto de locura en Foucault puede consultarse en el artículo “La locura en Spinoza: una aproximación foucaultiana” (Sánchez Godoy, 2002).

delirio” (p. 92)²³. Sin duda, Caballero lleva a cabo un acertado maridaje entre la biografía y la obra de la pensadora española, pero yerra levemente en la ubicación temporal de este concepto. Concretamente, la pensadora malagueña sitúa la aparición de esta realidad a su regreso de La Habana, después de una larga travesía por mar y de un proceloso y lento trayecto por la burocracia para conseguir un visado, que finalmente sería facilitado por las labores de su amigo Gustavo Pittaluga (pp. 85-88)²⁴. 1946 coincide con la aparición de esta evidencia. Justificamos, a continuación, nuestra postura.

No cabe duda que la derrota republicana se configura como la “esperanza fallida” de las esperanzas de un conjunto de jóvenes comprometidos con los proyectos de Manuel Azaña. La misma Zambrano había intervenido en instituciones republicanas como las Misiones Pedagógicas, había colaborado en periódicos con marcado carácter aperturista, llegando a escribir la columna Mujeres en *El Liberal* y, aunque no aceptó la propuesta de Rafael Alberti para entrar en política, se reúne con Ortega y Gasset para emprender acciones de calado social con sus compañeros de la Federación Universitaria Española²⁵. Uno de sus artículos de *El Liberal* publicado en 1928 era claro en torno a su alistamiento ideológico:

Sentimos los jóvenes de hoy que va llegando para nosotros el momento de una firme y decidida labor organizada en sentido social (...). Si nuestra juventud es auténtica ha de exigirnos, más que ir sacando de las horas de estudio una vaga arquitectura científica al margen de la vida, pues no creemos en el saber desinteresado de toda inquietud vital (...). Por eso queremos, que nuestra ciencia sea, como dijo el poeta, “luz intelectual llena de amor”. Y que el maestro consagrado y el modesto estudiante se ejerciten en una fina y limpia labor política, que quiere decir no más que acción sobre la cosa pública, acción que supone un amor y un conocimiento. Hay que devolver el prestigio al viejo vocablo, que ha sido manchado con todas las sobras de oscuras aspiraciones, y fijar para siempre que hacer política no es estar en éste u otro partido laborando por el bien personal, sino esforzarse con lo mejor de uno mismo para el bien común. Y en este sentido, todos –hombres y mujeres– estamos obligados a hacer política (Zambrano, 1928, p. 3).

Además, durante la guerra, regresa con su esposo a su país para comprometerse en la liberación del país, participando en varios congresos de intelectuales por la liberación del poder fascista y escribiendo en *Hora de España* (López Molina, 1998).

La lectura de su salida pone el acento en el dolor que supuso la caída a ella como republicana. Allí aparece un cabizbajo Antonio Machado y el inicio de un delirio que, en ese instante, fue más metáfora que auténtico delirio: la imagen del cordero. Aun con ella, no puede hablarse de delirio salvo mucho tiempo después en que lo conceptúa como tal. Sin embargo, eventos posteriores sí que son comprendidos como tales.

²³ Caballero, B. (2008). La centralidad del concepto de delirio en el pensamiento de María Zambrano. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 12 (3), 89-106.

²⁴ Ortega Muñoz, J.F. (2006). *Biografía de María Zambrano*. Málaga: Arguval.

²⁵ Sobre la acción política de Zambrano revítese el excelente capítulo “El pensamiento y compromiso político de María Zambrano” (Salguero Robles, 1998).

La muerte de su madre a mitad de la década de los cuarenta, a quien no pudo ver en su agonía, y los sufrimientos atravesados por su hermana Araceli Zambrano, ante el cercano fusilamiento de su pareja Manuel Muñoz (pp. 249-251)²⁶, son el detonante del delirio zambraniano y el punto de partida de su destino como exiliada geográfica y existencialmente. Como veremos, no se trata de una defensa personal sino de una explicación de la propia autora. Cuando llega a Francia, la recibe en el aeropuerto su hermana y ese instante es retratado por la autora como el comienzo de “su inacabable delirio”.

Mas a pesar de que la rodeaba los hombros con su brazo, ella vio que una capa de aire la aislaba de su amiga y de todo, que estaba sola, sola. Sí, era cierto. La madre no había podido diferir más su agonía; ellas dos hacían una sola alma en pena. Y comenzó su inacabable delirio. La esperanza fallida se convierte en delirio. Y un delirio de la luz era para sus ojos, para su alma, la presencia de aquella ciudad, que había llevado en imagen y en nombre en su corazón, esa ciudad donde ya tenía un poco de tierra propia (Zambrano, 1989a, p. 247).

Ese trance es el detonante para vislumbrar su vida como un “destierro en destierro” (pp. 37-38)²⁷, una constante desposesión (p. 32) (y renacimiento). Paradójicamente, se inicia su destino, que, como ha intuido José Luis Abellán, es el del exilio mismo (p. 38)²⁸. Por eso, la conjunción del título *Delirio y destino* hace algo más que armonizar dos conceptos diferentes, los identifica. Esta es la razón por la que Zambrano podría haber titulado a su libro *Delirio o destino*, porque en su obra se equiparan en su vida.

Desde entonces, su delirio es el exilio, que, además, es su destino, al menos hasta que a los ochenta años se afinque en Madrid en su regreso.

Regresando al punto inicial, la pérdida de la patria fue dolorosa en Zambrano, pero sólo la pérdida de la paternidad (de la madre) hizo estallar una realidad paralela. Esa realidad paralela, lejos de introducirla en una patología favorecería un modo de filosofar inédito hasta el momento y necesario en medio de una modernidad que cursaba estertores de muerte.

3.3. El delirio como esperanza fallida. La fontanalidad metafísica

Otra demostración de la cercanía entre el concepto de delirio zambraniano y el psicopatológico, sin caer en la clínica, brota de las concesiones realizadas por Beatriz Caballero. Sin pretender fundarse en las disciplinas psicológicas o psiquiátricas, dictamina que “el delirio es para Zambrano el estado mental que adviene como resultado de una profunda frustración y/o de las fuertes presiones soportadas por el

²⁶ Zambrano, M. (1989a). *Delirio y destino (los veinte años de una española)*. Madrid: Mondadori.

²⁷ Zambrano, M. (2004a). *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela.

²⁸ Abellán, J.L. (2006). *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*. Barcelona: Anthropos.

individuo” (p. 90)²⁹. Precisamente, el delirio es definido como un *estado mental*, adjetivación que repite en más de una ocasión: “Una de sus manifestaciones más reiteradas en la obra de Zambrano es la de delirio como el *estado mental* que resulta del choque y la disparidad entre las esperanzas y el destino del individuo” (p. 93)³⁰.

Bajo nuestro prisma, reducir el delirio meramente a sus dimensiones psicológicas es limitar su base filosófico-metafísica, como ya hemos señalado, y olvidar gran parte de su origen en la historia del pensamiento, como estamos empezando a exponer.

Los delirios en Zambrano resultan de una traducción en imágenes de una fontanalidad metafísica inalcanzada e inalcanzable en el mundo del tiempo sucesivo. Esas imágenes alcanzan un mundo inasible por una mera descripción argumental. Nos explicamos con algún delirio de la autora.

El primero de los delirios de DD es el “delirio de la paloma”. Allí se narra cómo un personaje (¿republicano?) se mantiene al otro lado de la frontera española rememorando un posible regreso. Ese retorno no se hace efectivo, salvo en la imaginación. El anhelo de la vuelta escala hasta coincidir con metafórica figuración de una paloma. La paloma vuela por un paisaje onírico íntimamente uncido a lo que sucede en la realidad. Esta fantasía, que no se evade de la realidad sino que intenta desde su entraña, desde su metafísica, conecta con la intimidad de la vivencia del personaje: su esperanza, la nostalgia, una tenue promesa del fin del éxodo y, también, una realidad que, probablemente, sea fáctica: “Aquellos muertos, los había sin enterrar, ¿quiénes eran? Los conocía a todos y tantos niños, tanta miseria, Dios Mío, quiero ser polvo, polvo, polvo de tu suelo” (p. 256)³¹.

El juego de prismas continúa en el delirio: la pérdida de la trascendencia alada y de la obtención de la paz simbolizada en la muerte de la paloma:

¿Habría perdón para el que estrangula una paloma?

Amor. Paloma crucificada. ¿Nos hemos crucificado los hombres incluso al Espíritu Santo? Ella padece de su herida, mana su sangre, la sangre del amor herido, la del amor inútilmente manchado, paloma inaccesible a toda humillación humillada, aquí por nosotros (Zambrano, 1989a, p. 257).

En medio, un texto cargado de simbolismo que atrae los matices metafísicos de lo que está sucediendo y que emana de las bases del delirio. La devastación y la pérdida acaecen en el “polvo”, en los “muertos”, en la “miseria”, en el “suelo”, en la “sangre” o en la “herida”. La esperanza se ilumina en la paloma. La esperanza fallida se exhibe en la “paloma crucificada”.

La *fontanalidad metafísica* global es la esperanza fallida. Esa esperanza no es alcanzada en la realidad del mundo del *tiempo sucesivo*: la aniquiló la Guerra Civil,

²⁹ Caballero, B. (2008). La centralidad del concepto de delirio en el pensamiento de María Zambrano. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 12 (3), 89-106.

³⁰ Las cursivas son nuestras. Caballero, 2008.

³¹ Zambrano, 1989a, p. 256.

el fallecimiento de la madre de Zambrano, la derrota de los ideales republicanos y la herida no resuelta de la muerte de Manuel Muñoz en el alma de Araceli Zambrano.

Curiosamente, aunque el delirio no cura de la derrota, salva lo sucedido de una forma menos dolorosa; quizás, promovido porque la escritura aparece como un medio de aceptación y distancia respecto a lo sucedido en el tiempo sucesivo, en la experiencia del día a día. Después de todo, de la derrota “nace la exigencia de escribir” (p. 36)³². En síntesis, la aprehensión de ese dolor a través de la escritura del delirio permite una suerte de victoria.

El delirio en general surge de las raíces metafísico-imaginarias de una esperanza fallida. Decíamos, con Castilla del Pino, que esta germinación no siempre es patológica. La fantasía goza del mismo fundamento que el delirio, una imaginación creadora, no manifestándose su cualidad morbosa.

La fantasía y el delirio se diferencian no por el tema ni por la coherencia del discurso, sino por el rango adiacrítico que el delirio posee (...). No por tenerlas [las fantasías], sino por conferirle categoría de “realizables”, dudaríamos de la cordura del sujeto en cuestión (Castilla de Pino, 1998, pp. 230-231).

La “diacrisis” significa “la resolución correcta del interrogante siguiente: ¿es el objeto que denoto precepto o representación? Dicho de otra manera, ¿del espacio exterior o del espacio íntimo?” (pp. 31-32)³³. Si el sujeto no sabe distinguir la imagen de la realidad, se produciría un delirio. La fantasía del narrador de novelas nunca constituiría una enfermedad puesto que sabe separar su representación de lo ontológico.

Puestas así las cosas y atribuyendo estas categorías psiquiátricas del delirio a Zambrano, podríamos afirmar que cabe dentro de la concepción enferma del delirio, puesto que crea un mundo en que realidad y fontanalidad metafísica imaginativa se funden. En esta línea, mostramos suspicacia ante la idea de Caballero: “El delirio, tal y como lo ve Zambrano, es el resultado de la toma de conciencia de la disonancia entre la realidad experiencial y la externa” (p. 94)³⁴. Ahora bien, ¿hay realmente una toma de conciencia en el delirio?, ¿no se trata, por el contrario, el delirio de una antesala a niveles de profundidad pre o metarracionales donde la distinción o disonancia “realidad experiencial” y “realidad externa” carecen de sentido?

Si el delirio zambraniano consiguiese realizar esa distinción habría un punto final en el mismo, pero nuestra pensadora es clara: “Y comenzó su *inacabable* delirio. La esperanza fallida se convierte en delirio” (p. 247)³⁵. De hecho, a medida que los años y la experiencia acaecen, las obras de Zambrano se convierten más metafórico-delirantes. Por ejemplo, sus obras previas a los años setenta son comprensibles y no siempre abundan en simbolismos en que se contrasta realidad e imagen. Con todo, se

³² Zambrano, 2004b, p. 36.

³³ Castilla del Pino, 1998, pp. 31-32.

³⁴ Caballero, 2008, p. 94.

³⁵ Las cursivas son nuestras. Zambrano, 1989a, p. 247.

da una progresiva prevalencia metafórico-delirante en sus obras y, a la vez, metafísica, en el sentido de que aumentan su profundidad. La lectura de CB o de NM, que exigen una disposición específica³⁶, evidencian que el delirio se impone como estrategia para la profundización. Ese delirio no es una patología, sino un recurso que ayuda a entrar en un nuevo universo: verdades intransferibles por una racionalidad lógico-argumental, que es la racionalidad imperante en el medio científico, psicológico y psiquiátrico.

En definitiva, el delirio no es un estado mental, aunque se pueda traducir en él, incluso en una patología. Previamente a ser estado mental, es una disposición que profundiza hacia en una realidad más honda que la habitual. En cualquier caso, una clausura de este nivel de realidad y su desconexión con el mundo conduce a una patología. No obstante, reiterémoslo, el delirio posee una previa naturaleza metafísica.

3.4. La realidad ontológica y efectiva del delirio

Las disciplinas “psi” admiten dos universos confrontados en los cuales se privilegia uno sobre otro. El psicólogo determina el privilegio del orbe exterior, siendo el interior un engaño, una mentira, de la que se ha de salir.

Al otro lado, el delirio zambrano arrastra al sujeto a una metarrealidad sin que, de modo efectivo, abandone la propia, por dos razones:

- El delirio del sujeto se alimenta del propio circunmundo (en el delirio de la paloma, el polvo, la sangre, los muertos son entidades reales vistas y vividas por la autora).
- Acarrea efectos en la existencia efectiva: tras el delirio de la paloma, María Zambrano no volvería a apartarse nunca de su hermana Araceli.

Esa metarrealidad no deja de ser *nuestra* realidad, aunque en un nivel de profundización mayor o en un modo de exponerse diferente: la paloma, los muertos, la soledad o la derrota existen *efectivamente* en la vida de Zambrano. Si bien la paloma no se presenta materialmente, sólo un materialista exigiría este modo de reificación para afirmarla.

Consecuentemente, no hay toma de conciencia de ninguna *disonancia* porque no hay dos mundos sino aceptación de las dimensiones entrañadas de una ontología sobre la que se vive. Reléase con cuidado el contenido del fragmento de la siguiente carta inédita escrita cuando nuestra pensadora tenía la temprana edad de veintiséis años (fecha el 28 de mayo de 1930): “Al decir “delirio” no quiero decir desatino; me refiero al modo de ser vistas ciertas cosas que son verdad, quizá de un género de verdad que solo en el delirio pueda ser captada” (p. 1).

³⁶ La musicalidad de las notas de un método es coherente con la evanescencia y con la rebeldía ante lo impuesto del cuerdo-racional: “Estas *Notas de un método* no son anotaciones, sino notas en sentido musical, lo cual impone, más que justifica, la discontinuidad (...). Solamente en la melodía puede haber revelación; la melodía es creadora imprevisible” (Zambrano, 1989b, p. 12).

Se rescata, bajo cierto matiz, la idea freudiana y de Castilla: detrás de todo delirio hay una verdad oculta. Zambrano no restringe esto a un momento antropológico-psicologista sino ontológico, porque la verdad del delirio trasciende lo personal e intransferible. En el caso del delirio de la paloma, nos posicionamos dentro de la entraña de la derrota. En un segundo delirio, el de la loca³⁷, se decretan las consecuencias de la pérdida de un amor en el momento de su efervescencia: aparece una sed que no se calma nunca, un amor mezclado con comportamientos incontrolados, el fuego avivado la consume internamente porque nadie puede allanarlo, al punto de que:

Se fue poniendo negra. La piel se le oscurecía sin que le diera el sol, como si se quemara por dentro; los pulsos le ardían y había de mojárselos con una esponja o metiéndolos en la jofaina de porcelana azul que tenía siempre llena de agua con un geranio malvarrosa flotando. Y las sienes le ardían y se iba secando (Zambrano, 1989a, p. 260).

La misma oscuridad de la piel, en ciertos casos, puede ser real como resultado de una afección dermatológica producida por el sufrimiento. Sin embargo, lo importante en el delirio no es la concordancia imagen-realidad, sino que mediante la puesta en contacto se abre un nuevo nivel de profundización que sigue atado a lo real.

3.5. El delirio en la construcción y destrucción frente a su esencia temporal

Caballero (2008) bosqueja el delirio como instancia desde la que construir a la persona, “un elemento constitutivo de la condición humana” (p. 95). “Por tanto, el delirio no sólo es para Zambrano una parte integrante de la vida, sino incluso del desarrollo espiritual del individuo” (p. 98). Después de lo visto, no habría mucho que objetar a estas aseveraciones. El delirio promueve la creación en otro nivel de realidad, coloca al sujeto en un universo propicio para su concepción.

Ahora bien, si el delirio pariese, exclusivamente, trazos de progresión espiritual ¿cómo se explica el *delirio* del superhombre o aquellos *delirios* que condujeron a la destrucción del sujeto? En este apartado defendemos que el delirio es un movilizador humano, pero también puede convertirse en la cárcel sisífrica que entorpece el avance existencial.

El *Manuscrito 12*, a resguardo en la Fundación María Zambrano, rescata una idea interesante: “La esperanza abandonada delira; la necesidad insatisfecha fabrica pesadillas”. Asistimos a dos frases ligadas: la segunda concreta los términos de la primera. Existe un tipo de esperanza, la necesidad insatisfecha (la esperanza fallida), que fabrica un tipo de delirio de naturaleza onírico-destructiva. La necesidad insatisfecha puede satisfacerse con la mera aceptación de lo que el delirio guarece, su verdad, que habitualmente es una debilidad humana. Pero, en ocasiones, esto no se acepta y topamos con un tipo de delirio, el del superhombre.

³⁷ Zambrano, 1989a, pp. 259-267.

La deificación parece ser un proceso natural en el hombre (...). Anhelos de deificación que llega, como todos los anhelos profundos, a ser delirio (...). Este delirio de deificación se agita siempre en el fondo de los sombríos conflictos de la tragedia (Zambrano, 1993, p. 153).

En una primera lectura, no debería colegirse peligro en este tipo de delirio: la construcción del sujeto o de la sociedad surge de un ensueño, que es la forma básica del delirio. Ser alguien requiere de un primer proceso de imaginación de un yo que focaliza la atención del individuo. El problema se erige cuando se persigue una imagen de lo real con prerrogativas demasiado elevadas. En estas circunstancias, el delirante queda preso de una imagen cristalizada que evita que fluya el tiempo. En lugar de aceptar lo que se puede ser, el delirante intenta cambiar la visión del mundo en torno a su mentira. Si no lo consigue, aseverará que son los demás quienes están en un error. “Toda locura viene del encierro de la razón incomparablemente más que del gemir de las entrañas (...) La razón por su propia “naturaleza” pide circular, recorrer, transitar, discutir como sostén del trascender irreprimible” (p. 60)³⁸.

La esperanza de ser alguien falla y el individuo reitera una y otra vez su anhelo impidiendo que circule la razón. En consecuencia, la detención del tiempo es inherente al delirio: hay un repliegue circular en torno a un argumento que se repite hasta la saciedad. Ese repliegue impide todo tipo de trascendencia, al menos hasta el agotamiento del sujeto en que admite otra posibilidad. Con ello, la construcción de la persona, a la que aboca cierto tipo de delirio, troca en edificación de un falseamiento, esto es, el levantamiento de un personaje.

La quimera corta el tiempo, se interpone en su pasar, deja en suspenso a la persona que por ella se convierte en personaje. Y la persona sufre la ilusión de que el tiempo no pasa para ella; como todo fascinado o hechizado, hasta que un día despierta y ve que ha pasado su tiempo, todo su tiempo (Zambrano, 2004c, p. 78).

Repárese en que tampoco aquí se evidencian los dos mundos dictados por la psicopatología sino la clausura en torno a una realidad falseada.

Junto al delirio del superhombre, otros, con consecuencias algo menos dramáticas desde la óptica patológica, pero igualmente graves desde el plano de creación del yo, son los producidos por un exceso de velocidad. El exceso de velocidad en los intercambios cotidianos disminuye la atención de la persona a su propio tiempo. Con ello se pierde el tiempo, en la medida en que el tiempo deja de pertenecer al sujeto, para ser atesorado por las acciones que reclaman su atención.

El exceso de velocidad en el fluir del río de las vivencias produce un estado semejante al del sueño: de una parte, una duración que atrae hacia sí a lo apenas nacido. Y de otra, el delirio. Llamamos delirio al automatismo de la expresión sin intervención alguna del

³⁸ Zambrano, M. (n.f.). *La respuesta de la filosofía*. Manuscrito inédito 130. Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano.

sujeto; la enajenación de ciertas vivencias más intensamente vividas de la conciencia. Una vida sin lugar que salta fuera de su cauce, desligada de su centro (Zambrano, 1998, p. 82).

El delirio, sin categorizarse tampoco aquí desde lo psicopatológico, puede acarrear enfermedades (el workahólico, es decir, aquel que ama con un desafuero inusual su trabajo) o vacíos que acaben en una crisis (crisis de las edades medias en que el delirante afirma que toda su vida “ha sido una mentira”, puesto que él mismo se ha falseado).

Tristana, el personaje de Galdós al que Zambrano dedicara un conjunto de artículos³⁹, vive la cristalización temporal del delirio. Su anhelo, su delirio, por ser alguien por sí misma, ese “frenesí por ser a imagen y semejanza de este Dios creador” (p. 59)⁴⁰ allende su enamorado, la convierte en un personaje para quien no transcurre el tiempo sucesivo. Su naturaleza de deseo constante la convierte en un personaje atractivo para Galdós.

Algo semejante vemos en la confrontación de las categorías de Europa y España. La esperanza fallida en constante intento por decirse y negando el propio error ha sido el maná de la modernidad europea. Nuestro continente, al no escuchar su realidad efectiva, vivió como personaje de sí misma.

Europa, al descubrir la vida como esperanza, vivió la historia como tragedia, “condenada” a agonizar, a no poder morir; a renacer de sus sucesivas muertes, pues no se puede retroceder desde la esperanza comprometida. ¡Otra vez a esperar!

No se puede morir Europa porque tiene que proseguir el camino, que es agonía, que es calvario de la esperanza desatada. Y tendrá que seguir pariendo, pariéndose a sí misma, en la historia y... (Zambrano, 1989a, p. 244).

Es el vivir proyectando, creyendo más en la realidad del proyecto que en la visible pendiente de lo invisible y de su realización. Es sentirse habitante de otro mundo (...). Y esta verdad le hace al europeo sentirse más desterrado que hombre alguno se haya sentido, porque en vez de anular su voluntad, de aquietarla, la ha mantenido libre, libre para querer que ese reino baje al mundo (Zambrano, 2000, p. 81).

Desde estas últimas líneas se intuye el sufrimiento del delirante clausurado en su quimera y se dilucida parte de las fuentes metafísicas de las evidencias que la psicopatología atribuye al delirio: el enfermo será un desterrado incapaz de bajar a su mundo.

3.6. La seducción del delirio

A pesar del riesgo, el delirio y su florida selva seducen. La obra zambraniana custodia las razones. Por ejemplo, María Luisa Bautista, la viuda de Lezama Lima, explica cómo la detención del tiempo inherente al delirio (al patológico y al constructivo) es un bálsamo para el espíritu.

³⁹ Zambrano, 1988, p. XII.

⁴⁰ Zambrano, M. (2000). *La agonía de Europa*. Madrid: Trotta.

Quería prolongar el eco de su última bella carta, y por eso he demorado en hacerle mi respuesta. *Ante todo lo que nos es grato, acostumbramos, como los japoneses, a cerrar los ojos, a suspender el tiempo, para precisar la imagen gozosa.* Si a sus recuerdos de su infancia en Málaga, se une los del primer día de su llegada a La Habana, donde tuve la alegría de conocerla, todos nos sentimos en buena dicha, en recuerdo disfrutado por adelantado, casi en su magia de adelantarse a la formación de ese recuerdo (Zambrano, Lezama & Bautista, 2006, p. 122)⁴¹.

Dos tipos de delirio cautivadores son el delirio amoroso y el poético, a veces vinculados. Un ejemplo de sujeto que logró escapar de sus cantos hechiceros para trascender hacia la racionalidad fue Platón:

Zambrano nos presenta a Platón como un pensador afectado por la paradoja, pues, contrariamente a lo esperado, se despega con violencia de las apariencias, guiado por su verdadero amor hacia las mismas, y sacrifica las pasiones, por salvar el alma. Esta contradicción se deshace, según la autora, si se descubre que el verdadero designio platónico está orientado por el mismo *delirio amoroso* que aquejaba a los poetas, un delirio de amor hacia la belleza precedera de las cosas. Pero, en contra de los poetas, Platón no se queda en el delirio, no se resigna a contemplar y cantar la pérdida de la belleza que ama, sino que ingenia un modo de eternizarla. De hecho, Zambrano cree que la teoría platónica del amor descansa en este afán de salvar el amor a la belleza sensible, el amor nacido de la dispersión de la carne, transformándolo en un amor eterno e impecadero (Gómez Blesa, 2004, p. 74)⁴².

La embriaguez del delirio “hace necesario despertar, volver a despertar” (p. 121)⁴³ para no caer en la coagulación temporal del personaje falseado dibujada más arriba. La entraña del delirio es, valga la reiteración, auto-poiética; el sujeto fantaseado adquiere una naturaleza “exultante e hipertrófica” (p. 46)⁴⁴ que se alimenta de sí mismo. Salvarse del delirio exige “entrar en realidad”, a pesar del padecimiento y violencia de la tarea:

El despertar de la filosofía fue primeramente “entrar en razón”. Mas, cuando la razón se ha embriagado, el despertar es “entrar en la realidad”; tal vez sea por el momento hacer memoria, hacer historia, recoger de las tribulaciones la experiencia (Zambrano, 2004b, p. 121).

Al fin y al cabo, el criterio para distinguir una verdad auténtica, forjadora de un delirio constructor, es su capacidad para contactar con, y aceptar, la realidad. Cuando lo que brota como verdad es un mero sucedáneo creado por un delirio megalómano, estamos delante un delirio destructor.

Toda verdad pura, racional y universal tiene que encantar a la vida; tiene que enamorarla. La vida rebelde y confusa ha pasado por la época del hechizo y para derrocarlo tiene que

⁴¹ Las cursivas son nuestras. Zambrano, M., Lezama, J. & Bautista, M.L. (2006). *Correspondencia*. Madrid: Espuela de Plata.

⁴² Las cursivas son nuestras.

⁴³ Zambrano, M. (2004 b). *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza.

⁴⁴ Castilla del Pino, C. (1998). *El delirio, un error necesario*. Oviedo: Nobel.

sucedier el enamoramiento, que es también encanto, suspensión, pero algo más: sometimiento a un orden y más todavía, ser vencido sin rencor (Zambrano, 1995, pp. 17-18).

El delirio del superhombre se funde con esta mentira insatisfecha. Al otro lado, el delirio de persecución, asume la propia debilidad.

Mas ahora no puedo más, he llegado al último confín de la fatiga tras del delirio, del que han salido, como verás, algunas "ideas", aunque no "claras y distintas" porque las hijas del delirio no tienen esas connotaciones (Zambrano 2002b, p. 90).

En el principio era el delirio; quiere decir que el hombre se sentía mirado sin ver. Que tal es el comienzo del delirio persecutorio: la presencia inexorable de una estancia [sic] superior a nuestra vida que encubre la realidad y que no nos es visible. Es sentirse mirado no pudiendo ver a quien nos mira (Zambrano, 1993, p. 31)⁴⁵.

4. CONCLUSIONES. EL DELIRIO COMO RESPUESTA A LA HUMILLACIÓN MODERNA

La modernidad occidental es perfilada por María Zambrano como la época del imperialismo delirante de la razón. La filósofa entró en un círculo que, en lugar de provocar su trascendencia, la castigó en un juego diabólico de tipo sisífico acompañado de una ceguera inclasificable.

Los breves pasos en que hemos acompañado a la razón en su caminar por nuestro angosto mundo de Occidente parecen suficientes para poder advertir que la razón se ensoberbeció (...). La soberbia llegó con el racionalismo europeo en su forma idealista y muy especialmente con Hegel. Soberbia de la razón es soberbia de la filosofía, del hombre que parte en busca del conocimiento y que se cree tenerlo, porque la filosofía busca el todo y el idealista hegeliano cree que lo tiene ya desde el comienzo. No cree estar en un todo, sino poseerlo totalitariamente (Zambrano, 1996, p. 20).

Su totalitarismo es ascendiente de lo que habría de suceder en el siglo XX: dos guerras mundiales, seguidas por un totalitarismo capitalista donde la sangre quedó encubierta por lo políticamente correcto aunque sus efectos devastadores sobre la creación del sujeto se repiten en el ámbito existencial (aunque el hombre no muriese físicamente, lo siguió haciendo su espíritu). Síntoma de la derrota del sujeto creador es la estandarización de los productos del mercado: casas adosadas idénticas, gustos (Perniola, 2008) e ideologías repetidas en los compradores (Mannheim, 1987), estéticas de automóviles y modas con escasa innovación o decisiones que se reducen a tomas de posición ante problemas intrascendentes mientras las grandes cuestiones quedan por responder. ¿Cómo es posible haber llegado a este punto? Una posible respuesta es el

⁴⁵ Esta concepción se distancia de la del psicólogo de los primeros compases de nuestra investigación. Para Casalis, el delirio de persecución consiste en una "creencia patológica de un sujeto convencido de ser víctima de ataques y de hostilidad por parte de personas reales o imaginadas" (Casalis, 1992, p. 610).

delirio de los poderosos que controlan cualquier tipo de rebelión y golpean cualquier fisura en su inmueble ideológico.

Después del Renacimiento, por complicados caminos, el hombre fue falsificando, des-realizando cada vez más la imagen y hasta la idea de su vida. Se fue idealizando hasta llegar en su soberanía a presentarse una imagen de su existencia coincidente con su ideal. La identidad estaba lograda. La inteligencia ha perdido la conciencia de sus pecados diríamos; ha reducido el orbe a su medida y todo le es permitido (Zambrano, 1989c, p. 31).

En este aspecto, la obra de Michel Foucault supuso un revulsivo puesto que trajo a la palestra los mecanismos por medio de los cuales la razón constituyente, la de los poderosos, se infiltra para determinar los modos de ser, hacer, pensar y sentir de la masa. Los dos volúmenes de su *Historia de la locura en la época clásica* glosan un discurso encomiable a favor de la locura como subversión a la racionalidad imperante. La locura sale del esquema de una enfermedad a erradicar o apartar de la sociedad. El enfermo mental, entre ellos el delirante, se levanta como *otro modo de racionalidad*. Con esto, no llegamos a defender el delirio frente a la cordura, sino la lógica de la metafísica del delirante frente a la conformidad de la racionalidad constituida. De ahí que, con las matizaciones indicadas en este trabajo, concordemos con Caballero en defender que “Zambrano se esfuerza por desarrollar una alternativa a la racionalidad occidental, para así superar el racionalismo implícito” (pp. 100-101)⁴⁶. Un medio de llevarlo a cabo es extraer el delirio de sus consideraciones patológicas, abrir el campo amplio de su sentido a través del análisis de sus fuentes metafísicas y recuperar al delirante, a muchos de ellos, como agentes generadores de *otra* racionalidad tan aceptable como la imperante.

El delirio traza un sendero promisorio en una metamodernidad que humilló las razones que se apartaban de lo lógico-argumental. Forja un recurso más de la razón poética que se alista en el adagio zambraniano “nada de lo real debe ser humillado”. Por eso, reducir el delirante a la etiqueta de “enfermo mental” es arrebatarle la posibilidad de tener una voz en la sociedad y conceder la victoria a un tipo de razón específico. Compendiar el delirio en su concreción psicológica es olvidar que existen ciertos tipos de delirios que multiplican el cromatismo de la razón. Subsumirlo en una categoría psiquiátrica, exclusivamente, es olvidar su fundamento metafísico. Llevar esto a cabo, además de constituir el resultado de una miopía intelectual, implica una negligencia que define a aquel que la lleva a término. Sin embargo, olvidar los peligros, de los que nos avisan la psicología y la psiquiatría, del delirante arrastrado en una circularidad sin término hace oídos sordos a más de un siglo de psicopatología o a parte de los escritos zambranianos.

⁴⁶ Caballero, B. (2008). La centralidad del concepto de delirio en el pensamiento de María Zambrano. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 12 (3), 89-106.

Filosofar, decía Zambrano, es descifrar el sentir originario, el delirante nos desafía a descubrir su verdad, aquella que le impide caminar y/o aquella que nos salvará de una tiranía sutilmente inoculada por los poderes fácticos.

REFERENCIAS

- Abellán, J.L. (2006). *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*. Barcelona: Anthropos.
- Aguayo Ruiz-Ruano, C. (2004). El tiempo y la nada en la metafísica de María Zambrano. En AA.VV, *Actas III Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano: María Zambrano y la "Edad de Plata" de la cultura española* (pp. 38-45). Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano.
- Aranovich, R. (2000). *Psicoterapia y razón vital*. Buenos Aires: Autoedición.
- Aranovich, R. (2002). *Autenticidad y vida*. Buenos Aires: Autoedición.
- Aranovich, R. (2009). *¿Quién se robó mi entusiasmo? Cómo superar el malestar que producen la crisis de valores y las formas de vida actuales, para reconciliarnos con las ganas de vivir*. Buenos Aires: Atlántida.
- Berrios, G.E. & Fuentenebro de Diego, F. (1996). *Delirio. Historia. Clínica. Metateoría*. Barcelona: Trotta.
- Bodei, R. (2002). *Las lógicas del delirio. Razón, afectos locura*. Madrid: Cátedra.
- Caballero, B. (2008). La centralidad del concepto de delirio en el pensamiento de María Zambrano. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 12 (3), 89-106.
- Casalis, D. (1992). *Gran diccionario de psicología*. Madrid: Ediciones del Prado.
- Castilla del Pino, C. (1998). *El delirio, un error necesario*. Oviedo: Nobel.
- CEPVI (2005). *DSM IV: Criterios Diagnósticos de los Trastornos Mentales*. Recuperado de <http://www.cepvi.com/DSM/dsm14.shtml>
- Chemama, R. (2002). *Diccionario de psicoanálisis: Diccionario actual de los significantes, conceptos y matemas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis laciano*. Barcelona: Paidós.
- Fauman, M.A. (2003). *DSMIV-TR: Guía de estudio*. Barcelona: Masson.
- Fedida, P. (1988). *Diccionario de Psicoanálisis*. Madrid: Alianza.
- Gómez Blesa, M. (2004). Zambrano: La condenación platónica de la poesía. En Beneyto, J.M. & González Fuentes, J.A. (coords.), *María Zambrano. La visión más transparente* (pp. 61-75). Madrid: Trotta.
- James, W. (1945). *Principios de psicología*. Buenos Aires: GLEM.
- Jaspers, K. (1977). *Escritos psicopatológicos*. Madrid: Gredos.
- Jobe, Th. & Harrow, M. (2000). Delusions. In A.E. Kazdin (Ed.), *Encyclopedia of Psychology* (p. 468). New York: Oxford University Press.
- López Molina, L. (1998). María Zambrano en Hora de España, En AA.VV, *Actas III Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano: María Zambrano y la "Edad de Plata" de la cultura española* (pp. 467-482). Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano.
- Mannheim, K. (1987). *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Ortega Muñoz, J.F. (2006). *Biografía de María Zambrano*. Málaga: Arguval.
- Perniola, M. (2008). *Del sentir*. Valencia: Pre-textos.

- Salguero Robles, A.I. (1998). El pensamiento y compromiso político de María Zambrano. En VV.AA., *Actas del II Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano* (pp. 699-718). Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano.
- Sánchez Godoy, R.A. (2002). La locura en Spinoza: Una aproximación foucaultiana. *Cuadrante Phi. Revista estudiantil de filosofía*, 5, 1-24. Recuperado de <http://www.javeriana.edu.co/cuadrantephi/sumario/articulos26.htm>
- Yalom, I. (2007a). *A cura de Schopenhauer*. Parede: Saída de Emergência.
- Yalom, I. (2007b). *Quando Nietzsche Chorou*. Parede: Saída de Emergência.
- Zambrano, M. (5 de junio de 1928). Sentimos los jóvenes de hoy. *El Liberal*, p. 3.
- Zambrano, M. (1988). Tristana-El amor: la palabra señora (I). *Culturas. Diario 16*, p. XII.
- Zambrano, M. (1989a). *Delirio y destino (los veinte años de una española)*. Madrid: Mondadori.
- Zambrano, M. (1989b). *Notas de un método*. Madrid: Mondadori.
- Zambrano, M. (1989c). *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antígona*. Barcelona: Anthropos.
- Zambrano, M. (1993). *El hombre y lo divino*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Zambrano, M. (1995). *La confesión: género literario*. Madrid: Siruela.
- Zambrano, M. (1996). *Pensamiento y poesía en la vida española*. Madrid: Endymion.
- Zambrano, M. (1998). *Los sueños y el tiempo*. Madrid: Siruela.
- Zambrano, M. (2000). *La agonía de Europa*. Madrid: Trotta.
- Zambrano, M. (2002a). *España, sueño y verdad*, Barcelona: Edhasa.
- Zambrano, M. (2002b). *Cartas de la Pièce*, Valencia: Pre-textos.
- Zambrano, M. (2003). *Unamuno*. Barcelona: De Bolsillo.
- Zambrano, M. (2004a). *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela.
- Zambrano, M. (2004 b). *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza.
- Zambrano, M. (2004c). *La España de Galdós*. Barcelona: Biblioteca de Autores Andaluces.
- Zambrano, M., Lezama, J. & Bautista, M. L. (2006). *Correspondencia*. Madrid: Espuela de Plata.
- Zambrano, M. (n.f.). *La respuesta de la filosofía*. Manuscrito inédito 130. Vélez-Málaga: Fundación María Zambrano.